




LA CONMEMORACIÓN DE UN HECHO HISTÓRICO*

JOSÉ VALERO SILVA

* Conferencia ofrecida en las "Jornadas de Octubre. 500 años de arte e historia en El Carmen", el 3 de octubre de 1992.



a ciencia histórica, clasificada como *sui-générís*, define a los acontecimientos trascendentales en los que con intención y voluntad participa el hombre, como hechos históricos; éstos son notables en el proceso de la historia y, por convenir a su estudio comúnmente se les aísla e individualiza o, metafóricamente dicho, se les detiene y fija para

enfrentarlos y desentrañar su sentido en el preciso momento de su realización. No obstante el artificio, jamás dejan de formar parte de la historia a través de la continuidad, por su calidad de eslabón o conexión lógica entre antecedente y consecuente.

La ciencia histórica también esclarece en qué consisten las circunstancias, los antecedentes de los hechos y ve en su ilación en conjunto las consecuencias y efectos que producen a lo largo de las generaciones, con todo lo cual nos percatamos del avance de la humanidad.

Si guardamos una postura profesional y aplicamos la

perspectiva histórica al hecho histórico de Cristóbal Colón, que fue o consistió en su arribo a la isla de Guanahaní o San Salvador, hace 500 años, completando su acción con la toma de posesión originaria de la tierra en nombre de sus majestades, captaremos con claridad aquel acontecimiento, por su naturaleza irrepetible, mismo que, universalmente, así se le aprecia considerando su calidad e importancia; justo enfoque que nos hace traer a la memoria una equitativa opinión de Don Quijote, con la que remarcamos “que las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si redundan en menosprecio del señor de la historia”.

De ahí que el hecho histórico del genovés Colón, personalidad de altibajos según el interés con que se le juzgue, debe fijarse en el devenir a efecto de conocerlo e interpretarlo en su redondez, para descubrir las razones puestas en juego y que mediaron en su realización, resultando con ello beneficiada en primer lugar la nación protagonista del desenlace geográfico y, en consecuencia, su historia. Lo anterior, independientemente de la inclusión de la interpretación providencialista, relación entre hombre y creador, en donde va la mano de Dios para dar el primer paso de redención para tanta gente olvidada.

Si somos sensibles frente al pasado, la inteligencia nos guiará para saber fijar correctamente, dentro del proceso de la historia, el suceso en cuestión; ya una vez precisado, la inteligencia también nos exigirá que lo analicemos en el exacto momento de su realización, dejando fuera cualquier otro discurso que desborde el asunto, aunque lo aportado pueda ser culto. Nuestra rígida posición toma cimiento en una sabia reflexión del Hombre de la Mancha, muestra cabal de toda la experiencia humana, porque él separa los campos de la poesía (que aquí sustituyó por inventiva) y de la historia, al sentenciar: “el poeta puede contar y cantar las cosas, no

como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna”.

Con dicha lente se puede apreciar con claridad y nítidamente como en 1492, el almirante de los reyes católicos Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, después de cruzar el proceloso “espaciosísimo y largo” Océano, desembarcó en la isla de Guanahaní y, fundándose en su mandato imperialista que para doña Isabel también fue mesianista, voluntad real contenida en las capitulaciones de Santa Fe, del 17 de abril de 1492, hizo” con la ayuda de Dios, [lo que] ha de hacer... en servicio de vuestras altezas...”¹

El 12 de octubre de 1492, los asistentes “poseidos de la solemnidad y grandeza del acto que iban a ejecutar”² fueron a tomar la posesión originaria de la tierra levantando un documento de constancia: era “el día (de nuestra señora del Pilar de Zaragoza) viernes... Luego vinieron gente desnuda, y el almirante salió a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez (llegaron en otros dos botes, con todos los hombres que pudieron ‘quedando un corto número en la custodia de las carabelas’), su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el almirante en todos los navíos por seña, con una F y una Y; encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes, aguas muchas y frutas de diversas maneras. El almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y *dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el rey y por la reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito*”.³ Concluida la ceremonia,

prestaron todos obediencia a Colón como almirante y virrey nombrado por los Reyes.

Este hecho cuya descripción más adelante se amplía, lo fijó España en su historia como origen o principio de su devenir colonial en América, porque por el mismo, tuvo por suyas las Indias. En efecto, lo tomó como punto de partida e inicio de la secuencia e ilación de posteriores acontecimientos, también históricos, que acaecieron en el continente americano, uno de estos especialmente importante para los mexicanos: el relativo al de vasallaje de Moctezuma al emperador Carlos V y a la reina doña Juana ante el capitán Hernán Cortés Pizarro que, a fe suya, se atrevió a diferenciar su moderna conquista española de los intereses vetustos medievales del Sacro Imperio Romano Germánico, como se colige del título de la llamada *Primera Carta de Relación: Enviada a la Reina Doña Juana* (en primer lugar) *y al Emperador Carlos V* (en segundo lugar), *su hijo, por la Justicia y Regimiento de la Rica Villa de la Veracruz a 10 de julio de 1519.*⁴

La costumbre ha dejado tomar el 12 de octubre de 1492 como día del “Descubrimiento de América”; pero resulta un deber profesional explicar que, en estricto sentido, dicho asiento es erróneo, puesto que los europeos protagonistas del hecho, carecieron en aquel momento de la intención requerida para descubrir la “nueva tierra” aún no aparecida en la geografía conocida y menos con el nombre de América, que fue con el que entró más tarde a la conciencia histórica de Occidente. En fin, si bien Colón no descubrió América aunque sí su ruta marítima, él, que murió en el equívoco, fue *factotum* para integrar un continente desconocido a la unidad de la cultura europea con todas sus raíces teológicas, geográficas, científicas y de todo orden.

El maestro Edmundo O’Gorman da muchas luces al respecto y persuade con su tesis:⁵ explica que Colón tomó por el Océano para tratar de encontrar islas que lo acercaran al Asia,

confundiendo las tierras nuevas con regiones propiamente de Asia “lo cual –escribe– lo descalifica como descubridor de un nuevo mundo”. Tampoco quienes lo acompañaron pudieron confirmar científica y técnicamente el ensanchamiento terráqueo que, inconscientemente, testificaron *de facto*, porque excedió con mucho a la meta trazada por Cristóbal Colón según “su idea o imagen cristiana universal del mundo o universo físico –apunta el doctor Ortega y Medina– y se regía por las nociones astronómicas del geocentrismo de Ptolomeo: posición estática central dentro del cosmos, orden de suprema perfección y pues de belleza. Dos hemisferios: terráquico y oceánico”. Entonces era el mundo Europa, Asia y Africa frente a una porción desconocida. Fuera de la biografía de Colón y estimándolo únicamente como el realizador del hecho histórico de octubre de 1492, Colón es el “señor de la historia” en la fecha que se conmemora.

Fueron necesarias otras exploraciones y diferentes experiencias marineras vaciadas en mapas, para acomodar el hallazgo continental y modificar la geografía conocida. Una vez descubierto el “nuevo” mundo material y moralmente por Vespucio, *ipso facto* dejó de ser “nuevo” para quedar integrado al ya conocido con el nombre de América.

En cuanto a los circunstantes indígenas isleños “desnudos”, muy “pobres” e ignorantes, debieron quedar absortos ante el suceso y más ante las formalidades cumplidas por Colón para tomar la posesión de la tierra en nombre de sus majestades. A pesar de que las historias explican que los indígenas estuvieron maravillados, de todos modos no pudieron entender el significado del acto, entre otras razones, porque nada sabían sobre Occidente. Sin embargo, lo que jamás les pudo pasar por la imaginación y menos estuvieron en posición de intuir, fue que, en el futuro año 1992, tanto el mundo oficial mexicano como el iberoamericano, los fuera a tener como representantes de las étnias y de las altas culturas americanas, mismas que jamás conocieron.

Un grupo de intelectuales, de políticos, de historiadores y de algunos aficionados a historiar, rebasando el punto de la conmemoración colombina, han derramado mucha tinta en torno a la manera y forma como debe significarse la quinta centuria del primer viaje transoceánico de Colón. Luego de muchas reflexiones enmarcaron el acontecimiento bajo el nombre de “Encuentro de dos Mundos”. Al respecto consideramente opino, quizá pecando de muy estricto y apegado a los cánones de la ciencia histórica, que los celebrantes con tan amplio criterio han “brincado” sobre el hecho histórico, rodeado su materia y se han dedicado a argumentar con asuntos ajenos al mismo.

Se aprobó el manido título de “Encuentro de dos Mundos” por la “Comisión Nacional... (conmemorativa) del V Centenario del Encuentro de dos Mundos”, dizque para evitar una postura eurocentrista de la historia y para que no vuelvan a repetirse nuevos actos imperialistas. Con tal motivo se recordaron viejas, analizadas y discutidas alegaciones ya superadas en la historiografía y, que hoy, obran guardadas en la carpeta de la tranquilidad histórica. Por ejemplo, se manejó que España fue asimiladora e insistió en que los anglo-sajones actuaron aniquilando; por cierto, de este modo también procedieron los españoles al enfrentar a los pueblos supuestamente irreductibles del norte de la Nueva España y en el extremo sur del continente americano. Se ha regresado para considerar a los europeos como “intrusos” y culpables de la destrucción de muchas y notables antiguas civilizaciones americanas, subrayando su capacidad para cometer iniquidades, injusticias, crueldades y excesos; al revisar la Colonia, fueron puestos los ojos en la escala social, la explotación y en la extracción de la riqueza, hasta ver que el notable pueblo, apoyado en causas internas y externas, ganó la independencia política y, desde esta plataforma, forjó a México. De aquí, los celebrantes del “Encuentro de dos Mundos” en vez del

V centenario del viaje del genovés, dan otro “brinco” para llegar hasta nuestros días y, ya muy motivados, afirman que todos los iberoamericanos estamos preparados para impedir que ocurran otras intervenciones imperialistas de conquista y colonización, previsiones que, vistas a la luz de la realización de los hechos históricos, mismos que son únicos e irrepetibles, no podrían volver a darse en las mismas circunstancias que los anteriores. Pero suponiendo que hubieran otras agresiones, en nuestros días ya no existe el peligro de tomarnos desprevenidos como en el pasado les ocurrió a las civilizaciones americanas. Hoy, nuestros Estados libres e independientes, tienen su propio rostro soberano, con todas las características de este concepto occidental. También nuestros gobiernos velan y protegen a todas las expresiones culturales autóctonas, tomando en cuenta sus costumbres, influencias, creencias, lenguas, etc., pues todas y cada una, en su lugar de origen, constituyen una de las dos partes fundadoras de cada cultura mestiza de América. Completando lo expuesto, quede asentado que hoy existen alianzas y también tribunales internacionales para aplicar con equidad las justas leyes sancionadas por el conjunto de las naciones del orbe.

Los anteriores argumentos han tenido eco en los espíritus de buena fe, pero en mi concepto han provocado cierta intranquilidad y confusión, pues con tales perspectivas no se alcanza una buena explicación sobre el hecho histórico de Colón; de ahí el desconcierto para enfocar como descubrimiento, encuentro, encubrimiento, invención, enfrentamiento, desocultación, genocidio, invasión y otros.

Sobre estas inquietudes y en aras de buscar un mejor entendimiento sobre el acontecimiento, quede aclarado en primer término que el hecho de Colón en sí, aquí artificiosamente enfocado de modo aislado dentro del devenir, a efecto de comprenderlo, no debe confundirse con su biografía, aunque la gesta haya sido consecuencia de la acción humana. En

el caso, el “señor de la historia” careció de la intencionalidad para descubrir un continente nuevo, lo cual lo “descalifica” como descubridor. Por lo tratado, tampoco se le podría hacer participar conscientemente a Colón en el evento del “Encuentro de dos Mundos”, pues uno de ellos era diferente al que conocía.

Aunque Colón fue docto, instruido, “de letras y gran experiencia” según su hijo Fernando; además hábil y diestro en el manejo del cuadrante o astrolabio, de la brújula, la regla, la ampolleta o reloj de arena, del timón, de la tabla pitagórica común, las efemérides, la tabla de declinación del sol, las cartas náuticas, el nocturlabio, el ábaco, la regla de tres, etc., no por ello tuvo la “necesidad” requerida para buscar un mundo diferente al que conocía y como él en la realidad lo presenció, pero sin percatarse jamás de su existencia. Sus convicciones lo hicieron congruente con sus creencias e ideas medievales, razón por la que proyectó su viaje por Levante en dirección al Asia, en la búsqueda de Cipango y Catay, a fin de adelantárseles a los portugueses.

Eso sí, al concluir aquel su primer viaje transoceánico, basándose en su cultura y en las noticias técnico-científicas que manejaba, “descubrió” una nueva ruta marítima, de ida y vuelta, misma que dejó demostrada “en términos de exactitud geográfica”; pero al margen de la “verdad” del hecho histórico al que asistió. En consecuencia, tampoco sus acompañantes se percataron del acontecimiento por sus escasas culturas personales.

Sabemos que el contingente de las carabelas Santa María, la Pinta y la Niña, se compuso de 75 personas además de Colón. En la lista de ellos aparecen los cargos, oficios y algunos otros datos, como el muy conocido del tripulante de la Pinta. Rodrigo de Triana, por ser éste el primero en ver tierra.⁶ Los más calificados navegantes fueron: los hermanos Pinzón, el maestro cartógrafo, Juan de la Cosa, el me-

dico Alonso Maestro, el cirujano Juan Maestro, el notario real Bartolomé Roldán, el intérprete Luis Torres y el médico García Hernández. El resto de la planta, independientemente de su extracción social, eran de escasa formación cultural, y sus limitaciones también los imposibilitaron para comparecer conscientemente a un “Encuentro de dos Mundos” como se propone. Es decir, ninguno pasó por las aulas de las Universidades de Valladolid, Salamanca o París; tampoco fueron artistas e intelectuales, ni trajeron libros de la biblioteca de Alejandría o nuevas ediciones para ilustrarse sobre las culturas greco-latina fundamento de la occidental, la islámica, la judaica o la renacentista que apenas empezaba a ponerse de moda, todas ellas patrimonio del espíritu que, de haberlas leído, los hubiera capacitado para reflexionar, lucubrar y en el caso, hasta sensibilizarse ante el novedoso y desconocido escenario geográfico que tuvieron a la vista. Se podría agregar como prueba de la escasa observación de los protagonistas que a nadie se le ocurrió entonces, tomando en cuenta a Aristóteles, tildar a los indígenas de inferiores como más tarde sucedería, etc. Es decir, ni Colón ni su gente encontraron otro mundo diferente al que conocían.

Muy al margen de este asunto y por no dejar de lado recordar los viajes de los vikingos, ninguno de ellos comparable con la epopeya del 12 de octubre de 1492, sin entrar a su materia, valga asentar que, si bien los avezados nórdicos cruzaron el océano y toparon tierra donde dejaron huella y evidencia de su presencia, ninguno de ellos, osados navegantes, pudo asistir a un “Encuentro de dos Mundos” considerando los rudimentarios aspectos de su cultura, porque también carecieron de la intención de descubrir un nuevo continente, y menos el después nombrado América, ya que en sus tiempos, todavía no se había precisado a ésta científica y técnicamente, en mapas y en las cartas de marear.

Por lo que hace a los aborígenes que los europeos encon-

traron allí en la isla, considerando su precaria condición de vida, tampoco ellos tuvieron fundamentos culturales en aquel momento para ostentarse como representantes y acreditar en conciencia a los mayas, a los incas, a los aztecas y a otras altas culturas americanas, mismas que jamás conocieron y de las que nunca tuvieron la menor idea. Así que, como espectadores concurrentes al hecho histórico que nos importa, tampoco estuvieron en condiciones culturales de participar en el “Encuentro de dos Mundos” y, por ello, no nos dejaron señal, algún petroglifo o cualquier documento para recordar.

Lo que resulta incontrovertible en aquella coincidencia de europeos e indígenas de la isla Guanahaní, habida en octubre de 1492, fue que entonces hubo la apertura para que en el futuro empezaran a conocerse e integrarse los dos Mundos, más no ahí; y, en consecuencia, dar por resultado nuestras culturas mestizas. Pero dicho fenómeno rebasó al hecho histórico de Colón, cuyo V Centenario se conmemora en 1992.

Si bien España reclama, por propio derecho, como suyo el hecho histórico de Colón y gustosa y asaz satisfecha lo celebra y conmemora, la verdad es que visto este acaparamiento con madurez histórica y, tomando en cuenta que nuestra cultura como mestiza es hispano-mexicana, razonando, se colige que el festejo nos debe alegrar en la misma proporción que satisface a los españoles, pues toda cultura carece de límites y fronteras; y porque, por su naturaleza, las culturas transminan y amplían sus beneficios a todos. Con este argumento durante mucho tiempo los iberoamericanos hemos estado participando, amable y desinteresadamente, en la conmemoración del 12 de octubre de 1492, y la hemos llamado fraternalmente “Día de la Raza”. En 1917, don Alejandro Quijano lo juzgó como “el más poderoso impulso de fraternidad que ha visto los siglos, que más de cien millones de hombres celebran”.

Otro asunto ajeno al hecho histórico que nos ocupa, es el relativo a la composición biológica y social de nuestro actual nuevo pueblo de México que, en verdad, es más bien mezclado que necesariamente mestizo; sin embargo, nuestras diferencias han permitido o dado lugar a que afloren flaquezas culturales que redundan en perjuicio de un nacionalismo bien entendido.

La principal razón para reclamar España, como propio, el hecho histórico de Colón, se debe a que éste fue su principal acto imperialista en el continente nuevo y por el que consideró como suyas las Indias. Ve la posición originaria de la isla de Guanahaní, como su primer título justo, útil y legitimista de su presencia moral y material en América. Luego, por escrúpulos políticos y religiosos, reforzó su postura valiéndose de otros títulos justificativos, complementarios y suficientes en una época, para reafirmarse frente a otros intereses nacionalistas. Los nuevos títulos en cuestión se basaron en la filosofía, en la cristianización y culminaron con la alegación del libre comercio esgrimida por Francisco de Vitoria.⁷

También alegó para apoyar su preeminencia los derechos derivados de las Bulas de Alejandro VI⁸, dadas con los argumentos de la doctrina Omni-insular que facultaban al Pontífice para repartir islas y establecimientos costeros, que no continentes, con el propósito de extender la cristiandad. Con tal derecho, el Papa Borgia trazó una línea imaginaria en el cielo y en el aire, de norte a sur y a cien leguas de las islas Azores y de Cabo Verde y repartió el mundo por descubrir para España y Portugal. Sin embargo, como pronto afloraron entre estos dos Estados modernos problemas de jurisdicción, los beneficiarios resolvieron sus diferencias con un nuevo deslinde sancionado en el Tratado de Tordesillas, del 7 de junio de 1494.⁹

Volviendo al punto del “Encuentro de dos Mundos”,

conviene recordar que, no hace mucho tiempo el doctor O’Gorman juzgó muy discutible para explicarlo, la opinión del doctor Miguel León-Portilla, en cuanto a los diferenciales: eurocristianismo (mediterráneo) y mesoamericanismo y andino (autóctono); tesis que, independientemente de su validez o no, en mi concepto rebasa el punto del hecho de Colón pues atiende a antecedentes, a circunstancias y se abre hacia consecuencias que, de querer, las podemos hacer llegar a nuestros días; pero repito, nada tiene que ver tal postura intelectual con la conmemoración del V Centenario del primer viaje transoceánico de Colón. En cambio, lo que sí consigue, es avivar las pasiones de no pocas personas inestables e inseguras que parten de la incompreensión de nuestro actual ser biológico, y al que le suelen acercar la dignidad de los pueblos autóctonos. Así se han armado conflictos y polémicas que nada positivo dejan y, a la vez nada le hacen a la “verdad” objetiva histórica plasmada en el hecho de Colón. Más nos hubiera aprovechado un juicio sobre el asunto, aunque no fuera tan sabio, pero eso sí, acorde a la necesidad iberoamericana de conseguir fraternalmente nuestra unidad.

Para comprender el acontecimiento deberá prevalecer la perspectiva de nuestra cultura mestiza hispano-mexicana o iberoamericana, entre otras razones, porque estamos inmersos en el mundo occidental, desde el cual, los Estados nacionales soberanos de América velan y se preocupan de la sobrevivencia de nuestros pueblos y sus culturas tradicionales, mismas que son parte de todo lo que nos identifica; y, lo que nos identifica, es la cultura mestiza y sus resultados: España europeizó a América hispanizándola, y nosotros americanizamos a Occidente a través de nuestra mestiza expresión cultural.

Otra faceta relacionada con nuestro asunto, es la actual actitud de los españoles ante tanta discusión en torno al hecho de Colón; e independientemente de que no hubo “Encuentro de dos Mundos” debido a la calidad cultural

de todos los protagonistas que se conocieron en la isla de Guanahaní, dicha polémica ha llevado a los españoles a guardar prudencia política y condescendencia amistosa, quedándose, sensatamente, al margen de las posturas hostiles que jamás tendrán fin. Es decir, con compostura y en tributo a las buenas relaciones que debe haber entre los pueblos hermanados, todos revueltos de sangre y muy mezclados, empezando con España y siguiendo con los pueblos de América, decidieron no enfrentar argumentos, porque saben que la “verdad” histórica, en este caso la de Colón, está objetivamente demostrada.

Conclusión: Tomando en cuenta los fundamentos de nuestra cultura iberoamericana, el rigor científico y la perspectiva histórica, en mi concepto es inaceptable la idea del “Encuentro de dos Mundos” para conmemorar el V Centenario del primer viaje transoceánico de Colón, pues rebasa el hecho. Además, la connotación denota cierta blandura de identidad cultural y en consecuencia de nacionalismo; justo, por la inseguridad que muestran quienes se oponen al festejo.

Notas

¹ D. José Ma. Asensio. *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*. Prefacio de Juan A. Ortega y Medina, T. I. México, p. 174-175. "La Capitulación... copiada por don Martín Fernández Navarrete del traslado auténtico que existe en el archivo de la casa de Veragua, dice así..."

² *Ibid.* p. 308.

³ 12 de octubre de 1492. *El Diario de Abordo de Cristóbal Colón*. Extraviado el original se sustituye con el *Diario de Abordo del Primer Viaje de Don Cristóbal Colón, Almirante de la Mar Oceana*, manuscrito por fray Bartolomé de Las Casas e ilustrado con xilografías de la Carta de Basilea de 1493 y otros grabados. *El Diario de Abordo*. Cristóbal Colón. 1492. Manuscrito de fray Bartolomé de Las Casas. Edición facsimilar. La Declaración de Guadalajara, México, 1991. Los Memoriales del Nuevo Mundo. p. 18, vuelta. Subrayé el texto.

⁴ Véase Valero Silva, José. *El legalismo de Hernán Cortés como instrumento de su conquista*. México, Instituto de Investigaciones Históricas. Serie Histórica No. 13, UNAM, México, 1965, p. 16.

⁵ Edmundo O'Gorman, *Idea del descubrimiento de América*, México, FCE, 1951, p. 68 (Tierra Firme).

⁶ *El Diario de Abordo, op. cit.* Se publica la lista completa de la tripulación de las tres carabelas, con cargos, oficios, etc., en la antepenúltima y penúltima páginas (sin número) de la obra.

⁷ Francisco de Vitoria. *Relecciones sobre los indios y el derecho de la guerra*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1946.

⁸ Luis Weckman. *Las Bulas Alejandrinas de 1493 y la Teoría Política del Papado Medieval*, México, UNAM., Instituto de Historia, México, 1949.

⁹ D. José Ma. Asensio, *Cristóbal Colón, op. cit.*, T. I. p. 491.